

Reseña del libro del Dr. Francisco Vélez y del Dr. Carlos Rojas, *Principios sociológicos de la educación*, sin lugar, Lulu Publishing, 2015

Rafael Aragunde¹

Es imprescindible comenzar por agradecerles a los colegas profesores Francisco Vélez Cruz y Carlos Rojas Osorio, su interés en insertarse en los debates en torno a la educación desde una perspectiva que va más allá de lo anecdótico y circunstancial, mediante la publicación de sus *Principios sociológicos de la educación*. De entrada se les tiene que reconocer que enriquecerán un panorama que a veces se percibe enrarecido. Estemos o no estemos de acuerdo con lo que sugieren, hacen importantes aportaciones en la medida en que nos ponen a pensar y de esto es que trata escribir libros.

Le daré seguimiento más o menos fiel a los temas que abordan, que son, capítulo por capítulo, los siguientes: 01. Principios filosóficos, psicológicos y sociológicos de la Educación (sic), 02. El surgimiento de la sociología, 03. La sociedad. Esferas sociales, 04. Sociedad y Educación, 05. Educación y clases sociales, 06. Educación y cambio social, Primera parte, 07. Educación y cambio social. Segunda parte, 08. Estado, Sociedad y Educación (sic), 09. Educación y relaciones de poder, 10. Sociedad, complejidad y Educación (sic), 11. Tecnología y Educación, 12. Educación y responsabilidad ciudadana, y 13. Transformaciones socio-culturales de los ideales educativos. Pero además de este seguimiento de los capítulos, intentaré atender lo que considero que son las líneas de pensamiento más evidente de sus respectivos escritos.

En términos generales todavía, hay una tensión en la reflexión de Francisco Vélez entre sus afirmaciones demasiado taxativas sobre la reproducción que él alega que se da en la educación y su insistencia en reformar esta última. En lo que escribe Carlos Rojas Osorio está ausente esta tensión y más bien, aunque sin perderla de vista, sus escritos proyectan un convencimiento del valor de ciertas propuestas educativas, sobre todo si tienen sus raíces en tradiciones latinoamericanas.

A través de los capítulos que escribiera Francisco Vélez se reitera una y otra vez que la educación es un instrumento de reproducción (90), dominación (84), explotación (84) y hegemonía (133)². Naturalmente, algunos lectores que le conocen como profesor que no despotrica unilateralmente quedarán sorprendidos ante estos juicios, pero las explicaciones que ofrece para sustentarlos explican lo que le ha llevado a ello. En el proceso, el Dr. Vélez se mantiene, como lo hace en sus clases, abierto a sugerencias y a nuevas visiones.

Por su lado Carlos Rojas, como corresponde a quien probablemente es el más concienzudo y productivo historiador de las ideas no solo del Caribe sino también de los países

¹ Catedrático de la Facultad de Educación del Recinto Metropolitano de la Universidad Interamericana de Puerto Rico. Ex-Secretario del Departamento de Educación de Puerto Rico. aragunde@intermetro.edu

² Insertaré las páginas del texto a las que hago referencia entre paréntesis.

latinoamericanos con los que tenemos vínculos intelectuales y académicos en Puerto Rico, construye una historia de la educación desde una perspectiva filosófica muy atinada. Presente en ella, según cabía esperar, está el más importante educador de nuestras tierras hispano y lusitano parlantes, Pablo Freire, y el siempre presente en sus escritos, el puertorriqueño Eugenio María de Hostos.

Es Carlos Rojas quien abre el libro. Es el autor de los primeros cuatro capítulos y en ellos atiende la necesaria interdisciplinariedad de lo que conocemos como educación. Comienza por la filosofía, como corresponde según los entendidos, sobre todo porque allí se encuentran los fundamentos epistemológicos que hacen posible la especulación pedagógica. Sin epistemología, la pedagogía no sería posible. Pero también son claves, desde luego, las consideraciones ontológicas y lingüísticas, igual que las psicológicas y el Dr. Rojas hace un recorrido adecuado de momentos que han sido muy importantes en nuestra época. Esto le conducirá a consideraciones filosóficas sobre la sociología, que como sabemos, por obligación es la parte crucial del texto, titulado no casualmente *Principios sociológicos de la educación*. Observamos en lo que escribe sobre psicología y sociología un esfuerzo riguroso por enumerar lo que le parecen principios claves tanto de la psicología de la educación como de la sociología de la educación. En lo que respecta a la primera no obvia consideraciones de Freud, Vigotsky, Piaget y Deleuze (13...), entre otros, además de reconocer la importancia que tendrá el Iluminismo. En lo que respecta a la segunda atiende con prontitud “el surgimiento de la sociología”, prestándole atención a una de las corrientes de pensamiento que más ha influido en ella, el positivismo.

Carlos Rojas relata el surgimiento de la sociología planteándonos cierta inevitabilidad histórica. Aquellos dos sistemas filosóficos que a partir del siglo dieciséis hamaquearon el pensamiento occidental, el racionalismo cartesiano de origen francés y el empirismo de origen británico, nos indica, estuvieron presentes en el alumbramiento del positivismo. Como lo estuvo también una supuesta visión revolucionaria, heredada de los eventos de 1789 a través de aquel personaje singular, injustamente olvidado y subestimado, y de quien Augusto Comte (24...) fuera secretario en su día, el Conde de Saint Simon. El positivismo, sin embargo, no pasa directo a los debates en torno a la educación de quien intentó hacer de él una religión con sus días festivos y presentarse como su sumo pontífice. Rojas nos relata cómo este se hizo presente, aunque en un momento mediante una intervención cuestionable, a través de lo que fuera el llamado darwinismo social de Herbert Spencer (31...). Luego con una intervención de mucho mayor valor a través de Émile Durkheim (34-37), un heredero mucho más atinado que el inglés. Durkheim, como Gramsci con Marx, *mutatis mutandi*, se encargó de elaborar las consecuencias para la educación de la concepción que hacía de la cultura científica el elemento “preeminente” de una sociedad que deja atrás sus momentos teológicos y metafísicos.

La familiaridad del Dr. Rojas con el pensamiento latinoamericano le permite entonces presentarnos los intentos que se dan en aquellos países hermanos por reformar sus sistemas educativos valiéndose sobre todo de este mismo positivismo. Repasa Argentina, México, Venezuela, la República Dominicana, Puerto Rico, Chile, Cuba, Costa Rica, Guatemala, Perú,

Colombia, y desde luego, quizás el lugar dónde este movimiento filosófico más impacto tuvo, Brasil. Como cabía esperar, trae a colación la presencia de Hostos, positivista, pero también krausista, como resultado de la influencia que tendrían en él Francisco Giner de los Ríos y su círculo en aquella España de mediados de siglo decimonónico.

En el capítulo tres Carlos Rojas pasa entonces a definirnos una serie de términos y conceptos de uso frecuente en la sociología y que deben ser de mucha utilidad para los estudiantes. Nos aclara lo que significan sociedad, colectividad, pueblo, relaciones de parentesco, la poliginia, la poliandria, clases sociales, el Estado según lo concibe el marxismo, hegemonía, biopoder, biopolítica y con mayor distensión, cultura.

En lo que sigue él mismo traza lo que entiende que es la relación que se da por un lado entre educación y estratos de la personalidad humana y la educación y las diferentes esferas sociales, partiendo de la familia y del hogar. En este último es que se aprenden, según él también, “los valores y normas, es decir, el *ethos* social” (74). A esto le seguirá la “educación escolarizada”, con su currículo; luego el mundo del trabajo, naturalmente reconceptualizado en la modernidad, al igual que el Estado, ambos con sus nuevos “regímenes de relaciones sociales” (74). La educación, pues, no se da en el aire. Si el trabajador necesita una nueva formación, o si la educación actual se vincula con la profesión, hay razones para ello, aunque posiblemente no porque la fábrica sea “producto de la ciencia moderna” según Rojas Osorio sugiere. En un capítulo en el que se describe atinadamente el surgimiento de la educación como un evento de dimensiones históricas, sin embargo se concluye con unas muy valiosas referencias a uno de los pensadores contemporáneos que mejor ha sabido poner en entredicho la capacidad de la llamada educación a superar “las diferencias y privilegios de clase social” (80). Me refiero a Pierre Bourdieu. Citando a Carlos Rojas, quien se deja llevar al expresarse de este modo por el francés, se trata de un mito “creer que la escuela tiene el poder de corregir las desigualdades sociales” (80).

En el capítulo quinto, el primero que redacta el Dr. Vélez, implícitamente se tendrá como norte la apreciación de Bourdieu. Valiéndose mayormente de otros teóricos que piensan de forma similar, tales como Karl Marx, Antonio Gramsci y Michael Apple, en sus planteamientos sobre las clases sociales el autor concluirá que “el sistema educativo es el instrumento adecuado para efectuar esta reproducción ... de ... la estructura de clases existente” (95). Sin embargo, en más de una ocasión se muestra convencido, como lo están tantos que “es la escuela la institución que debe reformar la sociedad” (93). Aunque en los capítulos que Francisco Vélez escriba predomine esta convicción de que los sistemas educativos reproducen, no dejará de estar presente esta fe en el poder salvífico de la educación.

Los autores se pusieron de acuerdo para escribir cada uno de ellos algunas páginas en torno a lo que llaman educación y cambio social. Carlos Rojas es el primero y allí repasa un tanto la historia de la educación occidental, haciendo comentarios sobre los distintos momentos de desarrollo de la humanidad, desde la prehistoria hasta la actualidad latinoamericana. Las cuevas

del Paleolítico europeo, los griegos, los romanos, el incipiente cristianismo, el Medioevo, la revolución burguesa, entre tantos otros, le merecerán comentarios. Aníbal Ponce, el marxista argentino y autor de reflexiones muy valiosas sobre estos temas, como el historiador romano fallecido hace dos o tres años, Mario Algherio Maracorda, le servirán de guía para aclararnos las luchas que se dieron en la América Latina no solo en contra de las visiones educativas católicas, sino también dirigidas a forjar un ideario educativo que no perdiera de vista la realidad histórica y cultural, a fin de cuentas integral, atento a la formación de un ser humano completo (114). Nombres como el de Simón Rodríguez, Andrés Bello, Eugenio María de Hostos serán referencias obligadas en esta dinámica, como lo serán Condorcet y otros en el contexto europeo en el cual el Dr. Rojas identifica lo que llama influencias mecanicistas e intereses técnicos (109).

En la reflexión de Vélez Cruz sobre educación y cambio social este vuelve a reiterar que “la educación es reproductora del orden y control social” (124). La emprende en contra de lo que llama “ideologías instrumentales” y “enfoque tecnocrático” que, de acuerdo a lo que nos dice, nos convierten en “ciudadanos consumidores” (121). La perspectiva aquí es, desde luego, crítica, lo que no necesariamente tenía o tiene que ser, pues con el desarrollo de los estudios de lo que se ha llamado las culturas materiales, o las reflexiones de Lipovetsky, tan actuales, el consumismo ha llegado a ser interpretado como una actividad no forzosamente negativa³. En Puerto Rico, las investigaciones de Laura Ortiz nos ofrecen buenos ejemplos de ello.

Según Vélez, cuando las escuelas asumen tal “racionalidad tecnocrática e instrumental”, sus maestros pierden autonomía, las evaluaciones pierden su valor y la institución responde al “poder y el control” (122). Taxativamente nos dice que “la educación es reproductora del orden y del control social” (124). Pero esta condena es substituida en más de un lugar por la esperanza. Reconoce por ejemplo, haciendo referencia al texto de Ibarrola y Gallart, que “la aportación de la escuela ante... espacios contradictorios permite el desarrollo de las competencias para comprender la complejidad de los procesos sociales, el desarrollo del pensamiento crítico, el respeto al pluralismo cultural y al disenso, con la formación de una actitud participativa” (126). De la misma manera escribe que “la creciente dependencia de la industria en el conocimiento sofisticado realza de gran manera el valor de la educación, la educación técnica y el entrenamiento en el sitio de trabajo” (127). O cuando escribe sobre el vínculo y desarrollo económico y social, y cita a Amartya Sen, quien señala que “la educación, además de generar beneficios económicos privados, también genera beneficios sociales” (128).

Esta tensión, y así es como hay que verlo, entre la educación como recurso hegemónico y la resistencia es de esperarse en un ámbito discursivo en el que se proyectan visiones, sueños, proyectos, pero también en el que se pretende cierto grado de científicidad. No nos debe sorprender que esté siempre presente en las expresiones de quienes reflexionan en torno a la educación.

³ Ver de Lipovetsky, Gilles, *La era del vacío*, Barcelona: Anagrama, de 1986 y *Los tiempos hipermodernos*, Barcelona: Anagrama, 2006.

La reflexión sobre el Estado, la sociedad y la educación que allí se nos presenta sigue la misma línea de pensamiento. El Estado “hegemoniza” (133), escribe Vélez y los Estados que prevalecieron en la segunda parte del siglo veinte, el de bienestar y el neoliberal, no fueron distintos. Con la globalización creciente no observamos nada nuevo. Y sin embargo, hay posibilidades de “navegar en océanos de incertidumbre con archipiélagos de certeza”, cita de Edgard Morin (142) de la que se vale el autor para, una vez más, desmentir la absoluta reproducción que plantea en otras ocasiones, pero que sin embargo vuelve a traer a colación cuando escriba sobre relaciones de poder. “La escuela es una institución que pertenece al poder” (153), nos dice. “La escuela es uno de los primeros medios para encarrilar a las personas bajo su poder, apartarlas de la espiritualidad y negarles todo sentido crítico” (154), añade. “El producto final que se busca” es “convertir a las criaturas en personas alienadas” (154), insiste. El Estado es “quien adecúa las necesidades de la clase social dominante y determina a través de vías explícitas u ocultas las funciones de la educación” (155), vuelve a recordarnos.

Cuando el texto se desplace hacia una consideración de la idea de complejidad se toma cierta distancia de este rechazo sin cuartel a posibilidades de resistencia. Thomas Kuhn y Edgard Morin serán referencias privilegiadas en un mundo que nos confronta, según el autor, con múltiples y variadas organizaciones y nuevos subsistemas” (162). Ante esto, el “pensamiento complejo se plantea la heterogeneidad, la interacción, el azar” (164). Para Vélez “el pensamiento complejo es, en esencia, el pensamiento que integra la incertidumbre y que es capaz de concebir la educación, la escuela, la política, la economía, la religión, la familia, el gobierno y la sociedad” (165). Solo con un pensamiento de esta naturaleza se nos permite analizar lo que confrontamos en nuestra época.

En su reflexión sobre la tecnología y la educación Vélez plantea los peligros del dominio que la primera ha llegado a tener tanto en el quehacer pedagógico (189) como en todos los ámbitos de nuestra vida. Su poder no solo arrincona a educadores dentro del salón de clases, sino que también penetra en otras dimensiones de nuestra existencia social y sus repercusiones, tales como “la difusión del conocimiento producido a gran escala”, cito a Vélez, “crea una brecha de separación entre lo intelectual, lo moral, lo científico y lo teológico” (180). El autor le atribuye a la tecnocracia, a la vez que distancia muy atinadamente al tecnócrata del técnico (180), “el desplazamiento de la filosofía por la ciencia; la desaparición de las ideas filosóficas del mundo social dominante, la redefinición de los conceptos y órdenes sociales, sumisión de todos los aspectos culturales, visión y audacia económica, desarrollo de una tecnología para el confort, la muerte de Dios, el relativismo, donde no hay verdades absolutas” (180). A mi entender, tanto en esto como en la lectura que hace de Jean Baudrillard (182) podría pecar de moralizante, pero no deja de ser válido su interés por restituirle a la cultura sus connotaciones modernas, fundamentalmente ilustradas, más interesadas en la formación del individuo que en la estética.

Los últimos dos capítulos del libro, escritos por Carlos Rojas, siguen la misma línea. La responsabilidad ciudadana debe ir por encima del consumismo. Los medios de comunicación tienen que colaborar con el proyecto educativo y cultural que las sociedades que pugnan por

enriquecer su democracia impulsen. La buena educación enseñará a argumentar con buenas razones y la justicia tiene que ir cogida de la mano de la libertad que nos parece siempre tan atractiva. Rojas nos vuelve a remitir a Vigotsky y a Piaget para que no se pierdan de vista las desigualdades que caracterizan los comienzos de la vida en sociedad que un buen sistema escolar tiene que asegurarse de atender. Igualmente a Freire por su experiencia en la educación de adultos y a Bourdieu por su insistencia en las desigualdades culturales que dan al traste con las mejores intenciones de la escuela.

En las últimas páginas se repasan una vez más capítulos importantes del desarrollo de la educación en el globo terráqueo, como si se nos quisiera recordar la variedad de experiencias que las culturas han tenido y, muy atinadamente, tomando distancia de cualquier reclamo de un modelo absoluto (227). Ni la *Bildung* alemana debe ser privilegiada. Desde los antiguos egipcios hasta el juicio, que considero problemático de Zigmunt Bauman, en torno a cómo la formación ha venido a menos en la sociedad que él mismo diagnostica como líquida, se nos narra cómo cada cultura ha dado con sus propios ideales educativos como resultado de sus transformaciones socio-culturales.

Se trata de un buen libro que hará pensar mucho a quienes lo lean. Esta fue mi experiencia. Felicito a sus dos autores por sus esfuerzos.